

CONDUCTAS Y ACTITUDES LINGÜÍSTICAS EN GALICIA *

I. INTRODUCCIÓN

Con algunas matizaciones que haré posteriormente, la situación lingüística gallega constituye un caso de bilingüismo social de carácter diglósico en el que se da un alto grado de bilingüismo individual. Aunque las inevitables limitaciones de espacio me impiden ocuparme de las divergencias, tanto conceptuales como terminológicas, existentes entre los diversos autores que han estudiado este tipo de fenómenos y la reciente contribución de Mauro Fernández (1978) al tema de las relaciones y diferencias entre bilingüismo y diglosia me exime de tener que tratar aquí ampliamente esta cuestión, debo, al menos, aclarar y justificar los términos que he utilizado en esta caracterización inicial.

La distinción entre bilingüismo social y bilingüismo individual es, a mi modo de ver, básica. Hay bilingüismo individual en aquellas

* Corresponde a la ponencia presentada en una de las sesiones plenarias del décimo Simposio de la Sociedad Española de Lingüística, celebrado en Madrid en diciembre de 1980. Lo amplio del tema tratado y las limitaciones de tiempo inherentes a este tipo de exposiciones explican la abundancia y longitud de las notas, puesto que he tenido que transferir a ellas todo lo que, aun siendo importante, se salía de la línea principal de argumentación.

Milagros Fernández, Mauro Fernández, Francisco G. Gondar y Tomás Jiménez leyeron una versión previa y me hicieron algunas interesantes sugerencias que han mejorado sensiblemente el trabajo. A la enorme amabilidad y espíritu de colaboración de Hernán Urrutia debo la posibilidad de haber incorporado las observaciones referentes a un artículo conseguido gracias a su eficaz intervención. A todos ellos, mi agradecimiento.

personas que, por razones diversas y en principio irrelevantes, han logrado el dominio aceptable de dos sistemas lingüísticos. El bilingüismo social es, en cambio, el que se produce en una comunidad en cuyo interior funcionan y son utilizadas dos lenguas distintas. En una comunidad bilingüe existen individuos monolingües en L_1 , monolingües en L_2 y bilingües en L_1 y L_2 ¹.

Por tanto, una persona puede ser bilingüe como consecuencia de factores exclusivamente personales o bien como resultado de la convivencia, casi nunca pacífica, de dos o más lenguas en la comunidad a la que pertenece. Propongo hablar de «bilingüismo estrictamente individual» en el primero de estos dos casos cuando las circunstancias aconsejen mantenerlo bien diferenciado del segundo.

El bilingüismo social sólo puede ser estudiado y comprendido adecuadamente desde la óptica que proporciona la sociología del lenguaje. Precisamente desde esta perspectiva interviene un concepto fundamental: el de diglosia. Puesto que el simple recorrido descriptivo por los usos que ha tenido este término sería excesivamente largo, me limitaré a señalar que lo entiendo en el sentido en que lo ha definido Mauro Fernández, para quien existe diglosia «allí donde hay un empleo *codificado* de diversas lenguas o de diversas variedades de una lengua» (1978, 390; la cursiva pertenece al original)². Según esta caracterización, existe diglosia en aquellas comunidades habitualmente presentadas como monolingües en las que aparecen dos variedades internas diversificadas funcionalmente, de tal modo que una de ellas

¹ La comunidad a que aquí me refiero puede corresponder a agrupaciones humanas de distinto carácter y nivel, pero no admite ser caracterizada mediante factores exclusivamente geográficos o administrativos. Por tanto, el bilingüismo social se da únicamente cuando los miembros de una comunidad utilizan dos lenguas para la comunicación con otros miembros de la misma comunidad, de tal modo que es forzosa la existencia de un grupo más o menos importante de bilingües. Cuando hay copresencia de dos lenguas en una misma zona (esto es, en un espacio definido exclusivamente con criterios geográficos o administrativos) es más útil hablar de «bilingüismo territorial» (cf., entre otros, Sánchez Carrión 1974 y 1980).

² Para una interesante profundización en estos temas, cf. Sánchez Carrión (1974). Para este autor, la diglosia consiste en «la distorsión social del poder lingüístico destinada a producir la compartimentación lingüística en función del prestigio en los individuos a ella sometidos, en base a una identificación del prestigio (lingüístico) con el poder (político). De modo que la lengua de la minoría que monopoliza el poder político, monopolice también el prestigio lingüístico» (1974, pág. 67).

es utilizada como la variedad «alta» y la otra como la variedad «baja»³. Hay diglosia también en las comunidades con bilingüismo social en las que cada una de las dos lenguas realiza funciones diferentes: al igual que en el caso anterior, una es sentida como lengua «alta» y la otra como lengua «baja». Por último, se da diglosia en sociedades con bilingüismo social en las que hablar una u otra lengua está relacionado con factores como la posición social o económica, cultural, la situación, el contexto, etc.

Matizaré y justificaré el reconocimiento de estos tipos de diglosia en un momento posterior. De todas formas, lo dicho hasta aquí es suficiente para concluir que, en esta concepción, bilingüismo y diglosia no se oponen del modo que han defendido entre nosotros Ninyoles, Alonso Montero o Badia, entre otros muchos autores, según los cuales el bilingüismo es un fenómeno individual que supone la identidad funcional de ambas lenguas, mientras que la diglosia es un fenómeno social que implica diversificación de funciones⁴. Frente a este punto de vista, otros autores han considerado que hay bilingüismo siempre que se dé el uso de dos lenguas, tanto en el individuo como en la sociedad, y que hay diglosia siempre que la utilización de una u otra dependa de ciertas circunstancias establecidas por la propia sociedad, de modo que —al menos en teoría— todo bilingüismo puede ser diglósico o no diglósico según las funciones desempeñadas por cada una de las lenguas en el individuo o en la colectividad⁵. Esta última es la acepción en que yo empleo aquí ambos términos.

³ Éste es precisamente el sentido que le dio inicialmente Ferguson (1959).

⁴ Cf., p. e., Ninyoles (1972, pág. 31; 1977, págs. 220-221), Alonso Montero (1973, págs. 34 y sigs.), Badia (1977, págs. 111 y sigs.). Es verdaderamente curiosa la evolución del significado del término «diglosia» desde el que le dio Ferguson (1959, pág. 22) hasta esta última acepción, que implica el paso por la insostenible caracterización de Fishman (1967; 1972, cap. 6), muy extendida en los estudios de sociología lingüística hechos en España y, sin duda, la más popularizada. Para el análisis de su viabilidad, cf. Sánchez Carrión (1974) y Fernández (1978); para su desarrollo en la sociología del lenguaje catalana, cf. Vallverdú (1980, págs. 47-57).

⁵ Han defendido esta consideración Vallverdú (cf., por ej., 1972 y 1980), Rojo (1974), Sánchez Carrión (1974 y 1980), Siguán (1976a y 1976b) y Fernández (1978). Naturalmente, ninguno de estos últimos autores utiliza el término «bilingüismo» en el sentido en que lo emplean los partidarios de la otra postura. Por otro lado, todos ellos (salvo Ferguson, claro) emplean «diglosia» en un sentido más amplio que el que le dio Ferguson inicialmente. Sólo Aracil, al referirse recientemente

En la comunidad gallega encontramos dos lenguas (gallego y castellano), una de las cuales ha estado tradicionalmente relegada a las situaciones informales y los estratos socioeconómicos más bajos de la población, mientras que el castellano ha sido considerado como la lengua de cultura, de las situaciones formales y de las capas más poderosas. Estos rasgos generales, tomados en bloque, explican la aparición de una distinción importantísima según la cual el campo, que habla fundamentalmente en gallego, se opone a la ciudad, donde el castellano juega un papel mucho más importante.

II. LA DESCRIPCIÓN DE LAS SITUACIONES DE BILINGÜISMO SOCIAL

En el trabajo que dedica a la descripción del bilingüismo individual, Mackey considera que su caracterización debe comprender cuatro aspectos fundamentales: grado de dominio de cada lengua, función o funciones de ambas, alternancia de las dos lenguas implicadas y, finalmente, interferencias existentes entre ellas (cfr. Mackey 1962, 555). El estudio de una situación de bilingüismo social requiere la integración o la conversión, según los casos, de estos cuatro aspectos y, además, la consideración de algunos factores que sólo aparecen cuando el bilingüismo caracteriza a la comunidad y no únicamente a un conjunto más o menos amplio de individuos. Para Siguán (1976b), los temas generales que debe abordar toda investigación que pretenda describir una situación de este tipo son los tres siguientes:

- a) Conocimiento que los miembros de la comunidad tienen de cada una de las lenguas.
- b) Circunstancias y modo en que las utilizan.
- c) Actitudes hacia las lenguas y sus diversos ámbitos de uso posibles.

a lo que ha llamado «el malentendido de la diglosia» parece pensar que todo lo que no sea el significado otorgado a este término por Ferguson es un «uso raro» que «produce confusión» (cf. Aracil 1980, págs. 24 y sigs.). No hay, a mi modo de ver, malentendido, sino una ampliación en el valor del término, aceptada por prácticamente todos los sociólogos del lenguaje y, por otra parte, bastante temprana (cf., p. ej., Macnamara 1967, pág. 3; Fishman 1967, págs. 29-30 y 1972, págs. 120-121).

A ellos hay que añadir, naturalmente, datos no lingüísticos que permitan luego establecer las correlaciones oportunas entre los aspectos anteriores y la edad, el nivel cultural, lugar de nacimiento, etc. (cfr. Siguán 1976b, 74).

Explicitando un poco más algunos puntos de la propuesta de Siguán y añadiendo otros que, a mi modo de ver, no pueden ser eludidos, la descripción de una situación de bilingüismo social que aspire a ser completa debe referirse, como mínimo, a los siguientes aspectos:

1) Distribución lingüística de la población. Este apartado comprende, básicamente, los porcentajes de individuos monolingües en L_1 , monolingües en L_2 y bilingües en L_1 y L_2 . De estos últimos conviene diferenciar entre los que tienen como lengua materna L_1 o L_2 . Esto supone que también hay que conocer la lengua originaria de cada uno, único medio de reconstruir la distribución lingüística inicial y estudiar su evolución.

2) Grado y tipo de dominio de cada una de las lenguas en los bilingües (bilingüismo activo / pasivo; oral / gráfico; compuesto / coordinado, etc.). Para convertir este punto en un factor operativo, habrá que fijar de un modo realista el umbral de lo que vamos a entender por «individuo bilingüe», esto es, qué tipo de destrezas lingüísticas vamos a exigir para considerar que una persona alcanza la categoría de bilingüe. Dejando a un lado cuestiones teóricas que no podemos resolver aquí, esta caracterización debe ser adaptada a las circunstancias específicas de la situación estudiada, puesto que existen unas condiciones generales que pueden determinar la posesión masiva o la práctica inexistencia de, por ejemplo, la capacidad de leer una de las dos lenguas copresentes.

3) Grado de utilización de cada una de las dos lenguas. En general, este punto debe comprender el estudio de en qué medida es utilizada cada lengua en los distintos ámbitos y situaciones (formales o informales, familiares, comerciales, etc.). Lo anterior proporcionará una impresión de las funciones globales desempeñadas por cada lengua en la comunidad. A ello convendrá añadir luego el comportamiento lingüístico de los bilingües en las diversas situaciones y áreas.

4) Actitudes hacia cada lengua y hacia su empleo en diferentes situaciones.

5) Cruce de los puntos anteriores con factores objetivos generales (como la edad, el tipo de población, nivel económico, social, cultural, etc.).

6) Interferencias existentes entre las dos lenguas.

7) Evolución de lo indicado en los puntos anteriores.

Evidentemente, no es posible tratar aquí con detalle ni siquiera los aspectos más importantes de los factores que acabo de enumerar. No obstante, la necesidad de situar en su contexto las conductas y las actitudes lingüísticas nos obliga a intentar al menos trazar las líneas generales de la situación lingüística gallega⁶.

III. LA SITUACIÓN LINGÜÍSTICA GALLEGA: GENERALIDADES

El primer factor que conviene conocer es, sin duda, el porcentaje de individuos que domina en grado aceptable cada una de las dos lenguas copresentes en Galicia independientemente de si es monolingüe o bilingüe. Se plantea, pues, la cuestión, aludida ya en el apartado anterior, de qué podemos considerar «grado aceptable» de dominio de una lengua en la situación que nos ocupa. De la decisión que tomemos en este aspecto dependerá, evidentemente, que el porcentaje de bilingües resulte más alto o más bajo. La proximidad de castellano y gallego aconseja exigir algo más que la simple comprensión oral de la otra lengua. La falta de tratamiento escolar del gallego hasta hace muy poco tiempo impide, por otro lado, señalar la capacidad de escribir en esta lengua como condición necesaria para considerar que una persona tiene de ella un grado aceptable de dominio. Lógicamente, el nivel requerido para el castellano ha de ser el mismo⁷, por lo que, en lo que sigue, la noción de grado aceptable de

⁶ Para una presentación rápida de la mayor parte de los aspectos mencionados, cf. García (1977). Para el punto 6 en concreto, vid. García (1976).

⁷ Además de las derivadas de la igualdad de criterios con que hemos de movernos, hay otras razones, bastante más dolorosas, que impiden tener en cuenta la vertiente gráfica de cualquiera de las dos lenguas. Según el censo de población de 1970, entre las mujeres residentes en la provincia de Pontevedra y mayores de 20 años se registra un 16% de analfabetas (cf. Ayestarán — de la Cueva 1974, págs. 71-72). Para la población general —siempre según el censo de 1970— en

dominio de cualquiera de estas dos lenguas implicará, como mínimo, la capacidad de hablarla.

Todos los datos que están a nuestro alcance indican que el conocimiento del gallego está muy ampliamente difundido en Galicia. Puede entenderlo prácticamente todo el mundo. Elevando el nivel, por las razones ya apuntadas, hasta la capacidad de hablarlo, el cuadro 1 muestra los datos resultantes de diversas encuestas⁸. El porcentaje más bajo es ese casi 70 % que figura en la segunda muestra general, la estudiada por Ruiz Fuentes y Pérez Vilarriño (1977). Sus diferencias con el resto de los datos quedan explicadas si tenemos en cuenta dos circunstancias. En primer lugar, ese es el porcentaje que corresponde a los que dicen no tener «ninguna dificultad» para hablar gallego. A su lado figura un altísimo 23,8 % que manifiesta expresarse «con alguna dificultad» (cfr. Ruiz Fuentes – Pérez Vilarriño 1977, 51), caracterización no suficientemente clara, que puede haber hecho que se incluyeran en este grupo, por ejemplo, aquellos que dominan el gallego coloquial, pero consideran que ése no es el correcto o algo por el estilo. Más importante es todavía la segunda razón. El universo de esta encuesta comprende «todos los gallegos de más de quince años, residentes en ciudades de más de 2.000 habitantes» (*ibidem*, 22). Dejar fuera a los núcleos de población que no alcanzan este número de habitantes supone no considerar el 56,6 % de la población gallega según los datos que figuran en el Censo de 1970⁹. Por otra parte, la

este año Galicia oscilaba entre el 8,7 % de analfabetos en La Coruña y Pontevedra y el 12,4 % en Lugo (cf. Foessa 1975, pág. 214, tabla 2.6.).

⁸ Para este trabajo me he servido de datos procedentes de muy diversas encuestas y muestras. Para la población gallega en general he empleado los datos facilitados por S. del Campo *et al.* (1977); me refiero a esta encuesta y a la muestra correspondiente en lo sucesivo como Galicia/75 (o Cataluña/75, País Vasco/75, etc.). También reflejo los datos procedentes de la encuesta que constituye el punto de partida del trabajo de Ruiz Fuentes y Pérez Vilarriño (1977) (= Galicia/76).

Para amas de casa, he empleado los resultados del llamado «cuestionario sobre regionalismo» publicados en Foessa (1970). Me refiero a ellos como Galicia/70 (o Cataluña/70, Baleares/70, etc.). De amas de casa proceden también los datos de Ayestarán — de la Cueva (1974) (= Pontevedra/74 y, como submuestra, Vigo/74).

Ocasionalmente aludo a los resultados de mis dos encuestas a profesores de E. G. B. de Santiago (cf. Rojo 1977) y Galicia en general (cf. Rojo 1979). Aludo a ellos como Santiago/76 y Galicia/77, respectivamente.

⁹ El desglosamiento por provincias establece dos grupos muy claros. En La Coruña y Pontevedra residen en núcleos inferiores a 2.000 habitantes el 47,3 %

población no estudiada, netamente rural, es casi exclusivamente gallego-hablante.

Para la población en general parece más adecuado, por tanto, aceptar los datos de la otra encuesta, según la cual habla gallego el 81,4 % de los residentes en Galicia mayores de 18 años. Las otras dos muestras se comportan como era de esperar con respecto a las generales¹⁰.

El porcentaje de gallego-hablantes es, pues, muy alto. En el cuadro 2 se puede comparar la situación gallega con la existente en otras comunidades en las que existe bilingüismo social. Tanto en las muestras generales como en las centradas en las amas de casa, el conocimiento del gallego en su aspecto oral y activo es muy superior al de las otras lenguas. Sólo en las Baleares se presenta una situación similar. Tan considerable difusión del conocimiento del gallego tiene una indudable importancia. No obstante, para interpretar el dato en su auténtico sentido hay que tener en cuenta que Galicia es una región con un reducidísimo porcentaje de inmigración¹¹, por lo que los datos que poseemos, obtenidos entre los residentes, reflejan muy de cerca lo que ocurre entre los gallegos de nacimiento. En Cataluña, en cambio, el dominio activo sin dificultades del catalán oral que, como hemos visto en el cuadro 2, se da en el 68,4 % de los residentes, pasa al 95,5 % entre los nacidos en Cataluña (cfr. del Campo *et al.* 1977, 195)¹².

y el 48,0 %, respectivamente. En Lugo y Orense, los porcentajes ascienden al 75,5 % y 76,0 %, respectivamente. Los datos han sido obtenidos por el Dr. Javier Rojo, a quien agradezco su colaboración.

¹⁰ El hecho de que los profesores de E. G. B. encuestados por mí arrojen porcentajes de gallego-hablantes superiores al 70 % indica con claridad el sesgo que sufre la muestra Galicia/76 con respecto a la población general.

¹¹ El porcentaje de profesores de E. G. B. que trabajan en Galicia nacidos en esta región es superior al 90 % (cf. Rojo 1979, págs. 25 y sigs.). No se trata de un fenómeno específico a un determinado grupo profesional. Según los datos del censo de 1970, el porcentaje de autóctonos en Galicia oscila entre el 90 % de la provincia de Pontevedra y el 94 % de la provincia de Lugo. Para situar adecuadamente los datos del cuadro 2 y lo que se dice inmediatamente en el texto, téngase en cuenta que el porcentaje de autóctonos en el País Vasco oscila entre el 59 % de Alava y el 65 % de Guipúzcoa; en Cataluña, entre el 53 % de Barcelona y el 76 % de Lérida; en el País Valenciano, entre el 74 % de Valencia y el 77 % de Castellón; en Baleares se da el 79 % (cf. Foessa 1975, págs. 84 y sigs.).

¹² En el País Vasco, pasa del 19,1 % entre los residentes al 30,4 % entre los nacidos allí (cf. del Campo *et al.* 1977, pág. 212). No he encontrado datos similares para el País Valenciano.

Como es lógico, el dominio oral y activo del gallego sigue las líneas generales de la distribución lingüística de Galicia a la que me referiré dentro de un momento. Conocen gallego en mayor proporción los habitantes de núcleos rurales, los de menores recursos económicos, los de nivel cultural más bajo y los de mayor edad¹³.

En cuanto al conocimiento del castellano, debo hacer una observación general que revela, me parece, una faceta importante de los presupuestos con que han sido acometidas casi todas las investigaciones realizadas. Como acabamos de ver, hay bastantes datos acerca del conocimiento del gallego, pero sólo tres de las muestras fueron interrogadas sobre su dominio del castellano y únicamente en dos de esos casos ha habido publicación de los datos obtenidos¹⁴. Esto significa que, para la mayoría de los investigadores, el único dato que hay que conseguir es el referente al dominio del gallego, pues el otro se supone conocido: todo el mundo habla castellano. Sin embargo, los datos de Pontevedra/74 indican que puede hablar castellano únicamente el

¹³ Puede hablar en gallego el 65,3 % de los que tienen entre 18 y 35 años, el 85,7 % de los comprendidos entre 36 y 55 años y el 86,4 % de los mayores de 56 años (cf. del Campo *et al.* 1977, pág. 230). Como se ve, la frontera más marcada pasa por los que en 1975 tenían 35 años o menos (esto es, los nacidos después de 1940). Aunque con porcentajes más reducidos por las razones ya apuntadas, lo mismo se observa en la muestra Galicia/76 (cf. Ruiz Fuentes — Pérez Vilariño 1977, pág. 51). Entre las amas de casa de la Provincia de Pontevedra, las diferencias son bastante más reducidas, pero presentan la misma orientación (cf. Ayestarán — de la Cueva 1974, tabla núm. 12).

Como rápida ilustración de la entidad de otros factores correlacionados con el dominio oral y activo del gallego, habla esta lengua con soltura más del 85 % de los que tienen ingresos bajos, alrededor del 80 % de los que tienen ingresos medios y menos del 70 % de aquellos que disfrutan de ingresos elevados (cf. del Campo *et al.* 1977, pág. 231). Habla gallego sin dificultades el 89,9 % de los que no tienen estudios primarios y sólo lo hace el 69,1 % de los que tienen estudios medios o superiores (cf. *ibidem*, pág. 230; cf. también Ruiz Fuentes — Pérez Vilariño 1977, pág. 51). Por último, el dominio oral del gallego disminuye con el aumento del tamaño de los núcleos de población. Citando únicamente los puntos extremos, siempre con muestras generales, pasa del 66,2 % en poblaciones de más de 100.000 habitantes al 83,3 % en aquellas que tienen entre 2.000 y 5.000 (cf. Ruiz Fuentes — Pérez Vilariño 1977, pág. 51). Para datos de este tipo con relación a las amas de casa, cf. Foessa (1970) y Ayestarán — de la Cueva (1974).

¹⁴ Son las dos muestras de Ayestarán — de la Cueva y la que corresponde al informe Foessa 1970. En este último caso, los resultados no aparecen en las tablas, pero en el que llaman «cuestionario extra de regionalismo» había una pregunta sobre el dominio del castellano en diversos aspectos (cf. Foessa 1970, pág. 1.503).

83 % de las amas de casa encuestadas. Este porcentaje sube al 97 % en la submuestra correspondiente al municipio de Vigo (cfr. Ayestarán de la Cueva 1974, 58, cuadro núm. 20)¹⁵.

Como hemos visto en los apartados anteriores, los que pueden hablar gallego constituyen aproximadamente el 80 % de la población general (siempre, claro, con mayores de 18 años). Este porcentaje se eleva hasta el 95 % entre las amas de casa de la provincia de Pontevedra. En esta última muestra, puede hablar castellano el 83 %. Ello supone que, en este grupo de 600 amas de casa, la razón de gallego-hablantes a castellano-hablantes es 95/83, es decir, 1,14. La cifra obtenida expresa lo que podemos llamar, partiendo de una propuesta de Siguán, razón lingüística efectiva¹⁶.

Evidentemente, la situación que acabo de resumir en un par de porcentajes y un índice es sólo una de las varias facetas de un fenómeno considerablemente más complejo. Conocerlo mejor implica la necesidad de manejar otros datos. De un lado, conviene saber cuál era la distribución lingüística originaria, esto es, la lengua ambiental en que se crió la población estudiada. De otro, nos interesa el porcentaje de bilingües, tanto en general como diferenciados por su grupo lingüístico de procedencia.

¹⁵ El dominio del castellano sigue, como es lógico, la dirección contraria a la que hemos visto para el conocimiento del gallego. Conocen castellano en mayor proporción los habitantes de núcleos urbanos, los de mayores recursos económicos, los de nivel cultural más alto y los más jóvenes. Siempre con la muestra Pontevedra/74, puede hablar castellano el 91 % de las amas de casa menores de 25 años, el 89 % de las que tenían entre 26 y 45 años, el 78 % de las comprendidas entre 46 y 65 y sólo el 61 % de las mayores de 65 años. Como se puede observar, los saltos son muy fuertes entre los grupos segundo y tercero de un lado y tercero y cuarto de otro. Si, por dar otro dato, conectamos el conocimiento del castellano con el tamaño de la entidad de población en la misma encuesta, obtenemos que puede hablar esta lengua el 97 % de las amas de casa que viven en núcleos con más de 4.000 habitantes, el 87 % de las que residen en poblaciones comprendidas entre 4.000 y 501 y sólo el 77 % de las que viven en localidades con menos de 500 habitantes. Estos últimos datos pueden dar una idea de lo apuntado anteriormente acerca de la muestra de Ruiz Fuentes y Pérez Vilarriño de la que están excluidos los residentes en entidades menores de 2.000 habitantes.

¹⁶ El término empleado por Siguán (1976b, págs. 76 y sigs.) es «proporción lingüística efectiva». Naturalmente, si los porcentajes son idénticos (aunque los grupos estén constituidos por personas distintas), la razón será igual a 1. El 1,14 obtenido aquí refleja, por tanto, una ligera ventaja del grupo de gallego-hablantes. La razón de los castellano-hablantes a los gallego-hablantes es, para esta misma muestra, 0,87.

Veamos, en primer lugar, la distribución lingüística originaria o inicial. En el cuadro 3 se puede observar la repartición de las amas de casa según la lengua en que aprendieron a hablar. La provincia de Pontevedra arroja un porcentaje menor de castellano-hablantes originarias que la muestra correspondiente de toda Galicia. Más interesante es, sin duda, el contraste existente entre los resultados de toda la provincia y los procedentes de una zona básicamente urbana, como es el municipio de Vigo. Las diferencias son de veinte puntos sobre el total.

La comparación, mediante los datos proporcionados por el informe Foessa (1970), con lo que ocurre en otros lugares muestra inmediatamente que Galicia es, después de Baleares, la que presenta el porcentaje más bajo de castellano-hablantes iniciales. Las demás aparecen fuertemente distanciadas de las dos primeras. Naturalmente, hay que tener en cuenta nuevamente lo visto antes acerca de los porcentajes de población autóctona en cada caso.

La razón lingüística originaria de gallego-hablantes a castellano-hablantes es, pues, 84/15 (5,6) para Pontevedra/74 y 76/24 (3,2) para Galicia/70¹⁷.

La distribución lingüística inicial se ve considerablemente alterada con el paso del tiempo porque un cierto porcentaje de personas aprende la otra lengua mientras que otro (bastante reducido en el caso que nos ocupa) se mantiene monolingüe. Por lo ya dicho sobre la falta de datos acerca del dominio del castellano, sólo es posible presentar la distribución lingüística posterior en la muestra correspondiente a Pontevedra/74 y, claro está, en aquellas otras en las que sea posible asegurar que todos los encuestados dominan el castellano (que es lo que ocurre con las hechas a los profesores de E.G.B.).

¹⁷ Como en el caso anterior, concepto y término están basados en Siguán (1976b, págs. 76 y sigs.), que habla de «proporción lingüística originaria». Las razones de los castellano-hablantes iniciales con respecto a los demás grupos lingüísticos son, con los datos de Foessa (1970), los siguientes:

Galicia/70	0,32
Cataluña/70	0,89
Baleares/70	0,19
País Valenciano/70	1,13
País Vasco/70	1,50

En el cuadro 4 aparecen los datos correspondientes a Pontevedra/74. Se diferencia, entre las bilingües, según la lengua hablada inicialmente. Los aspectos que considero fundamentales son los siguientes. En primer término, hay un 16 % de monolingües en gallego, altísimo porcentaje que ha sido desatendido en las demás investigaciones. Si la encuesta ha sido correctamente desarrollada, la realidad resulta bastante menos simple de lo que parece vista desde las ciudades. En segundo lugar, el 76 % de las encuestadas puede hablar gallego y castellano, por lo que el índice de bilingüismo de la muestra estudiada es 0,76¹⁸. Por último, hay que destacar que el 65 % de las amas de casa son bilingües que, además, tuvieron el gallego como lengua materna. Esta categoría constituye, por tanto, el grupo mayoritario para este tipo de población.

El dato que sigue en importancia es, por supuesto, la composición interna del grupo de los bilingües o, dicho de otro modo, qué tanto por cien de los bilingües tuvo como originaria cada una de las dos lenguas copresentes. Eso es lo que aparece en el cuadro 5¹⁹. Está claro que la mayor parte de las encuestadas bilingües fue inicialmente gallego-hablante. La contemplación de estas cifras nos lleva casi irremediablemente a pensar que la necesidad de aprender gallego es mucho más fuerte que la de aprender castellano. Sin embargo, esa conclusión margina el hecho de que, según los datos del cuadro 4, la razón de gallego-hablantes a castellano-hablantes es inicialmente casi 6 (esto es, que había prácticamente seis veces más gallego-hablantes que castellano-hablantes), por lo que los porcentajes que figuran en el cuadro 5 no pueden ser tomados sin más como indicaciones de la presión que ejerce una de las dos lenguas.

Los datos que debemos tener en cuenta y que resultan verdaderamente relevantes son otros. Volviendo a los datos del cuadro 4, tenemos que el 81 % del total fue originariamente gallego-hablante; puesto

¹⁸ Para la noción, cf. Siguán (1976b, págs. 76 y sigs.).

¹⁹ Hay referencias a este punto también en del Campo *et al.* (1977, pág. 227). Estos datos, sin embargo, no pueden ser utilizados directamente por contener un evidente error: tuvo el gallego como lengua inicial el 69 % y aprendió a hablar primero en castellano el 33,7 %. Podría ser 66 % y 33,7 % o bien 69 % y 30,7 %. A pesar de la incertidumbre que provoca la errata deslizada, parece que podemos pensar en porcentajes que giran en torno al 70 % y 30 %, respectivamente, que resultan coherentes (teniendo en cuenta lo que se observa en otros aspectos) con lo que figura en el cuadro 5.

que de este grupo es ahora bilingüe el 65 % del total, resulta que es bilingüe el 80,2 % de las que tuvieron el gallego como primera lengua. Del mismo modo, es bilingüe el 73,3 % de las que tuvieron como primera lengua el castellano. El dato es, a mi modo de ver, muy importante, porque muestra que la necesidad de aprender gallego es, considerando cada grupo lingüístico inicial como un todo, casi tan grande como la de aprender castellano. Podemos objetivarlo en un coeficiente de presión lingüística (que es el índice de bilingüismo de un grupo partido por el índice de bilingüismo del otro)²⁰. Para la muestra Pontevedra/74, el coeficiente de presión lingüística es 1,09 (a favor del castellano). Este dato produce una impresión fuertemente distante de la que teníamos al principio, cuando sólo considerábamos los porcentajes que, sobre el total de bilingües, arroja cada grupo inicial según aparece en el cuadro 5.

Para completar esta visión panorámica, una rápida referencia al grado de dominio del gallego. En el cuadro 6 figuran los resultados procedentes de diversas encuestas acerca del porcentaje de personas que, según dicen, pueden escribir en gallego. Puesto que los datos referidos al total de encuestados enmascaran una zona importante de la realidad por no diferenciar ni a quienes no hablan la lengua ni a los que no saben escribir en ninguna, he situado una segunda columna en la que los porcentajes están referidos al total de gallego-hablantes en cada caso, con lo que eliminamos el primero de los dos factores de distorsión señalados.

Los datos del cuadro 6 muestran con relativa claridad las consecuencias de la política educativa y cultural seguida hasta hace muy poco tiempo. La mayor parte de los gallego-hablantes no se sienten capaces de escribir una lengua que dominan en su aspecto oral y activo. Por otro lado, no puedo ocultar que las fuertes diferencias en los porcentajes que proporcionan las distintas encuestas hacen dudar de la validez de estos resultados. Es probable, sin embargo, que buena parte de estas divergencias tan llamativas pueda ser explicada por el modo concreto de formular la pregunta. Así, el 6,4 % de la muestra Galicia/75 corresponde a los que, según dicen, pueden escribir gallego con facilidad. No es difícil imaginar las resistencias de los encues-

²⁰ El coeficiente de presión lingüística es lo mismo que el «índice de diglosia» de que habla Siguán (1976b, págs. 78 y sigs.).

tados a incluirse en ese grupo en una situación como la vivida hasta ahora. Los que no saben escribir absolutamente nada en gallego (siempre según sus propias manifestaciones) son el 63,2 % (cfr. del Campo *et al.* 1977, 227), lo cual supone que queda un 36,8 % que, salvo los casos de no contestación, puede escribir en gallego con diferentes grados de dificultad. En otros casos, las divergencias pueden ser explicadas por los distintos tipos de personas a que iban dirigidas las preguntas ²¹.

IV. CONDUCTAS Y ACTITUDES LINGÜÍSTICAS

Los datos examinados hasta aquí constituyen, sin duda, un aspecto ineludible en el análisis de la situación. De ellos hemos obtenido una impresión general de la distribución lingüística de Galicia y una

²¹ Es muy probable que el porcentaje de profesores de E. G. B. capaces de escribir en gallego sea bastante más alto que el que figura en ese cuadro. Naturalmente, todos los encuestados de esta muestra pueden escribir en castellano; las diferencias entre los sistemas ortográficos del gallego y el castellano no tienen entidad suficiente como para impedir la transferencia de conocimientos si se da el simple hábito de la lectura en gallego. Lo que ocurre es, más bien, que «escribir en gallego» suscita en los encuestados una serie de connotaciones que les hacen pensar en factores como «lengua literaria» y similares, con lo que eso supone en la situación que vive actualmente el gallego culto. Nada de eso aparecería seguramente si la pregunta estuviera referida a «escribir en castellano», aunque las dificultades reales no fueran muy diferentes de las que tienen en mente los encuestados cuando contestan acerca de sus conocimientos de gallego.

Por otro lado, los cuestionarios pasados a los profesores de E. G. B. pedían que cada encuestado se situara en un determinado grupo de destrezas lingüísticas con relación al gallego (cf. Rojo 1979, págs. 268 y sigs.). Esto es, no se les preguntaba directamente si podían o no escribir en gallego. Una formulación distinta de la pregunta puede explicar la fuerte subida de los porcentajes en el caso de las amas de casa, con respecto a las cuales hay que tener en cuenta también (como factor indudablemente positivo acerca de la validez de estos resultados) la proximidad que ofrecen los porcentajes de dos muestras tan distintas en ámbito abarcado y realizadas con cinco años de distancia una de la otra.

En resumen, los datos presentan fuertes divergencias que pueden resultar explicables. El porcentaje de Galicia/75 es tan bajo porque se trata de los que pueden escribir en gallego con facilidad, rasgo que no figura para las amas de casa. El porcentaje de los profesores de E. G. B. está tan próximo al que arrojan las amas de casa porque su visión de lo que es escribir en gallego les hace pensar en dificultades suplementarias que, en cambio, no aparecen para las otras dos muestras.

aproximación al tema del grado de conocimientos de cada una de las dos lenguas implicadas. Aunque de gran importancia, todo lo anterior es únicamente la base de algo mucho más relevante y decisivo: la utilización de las lenguas. Evidentemente, no es posible usar una lengua que no se conoce, pero también es cierto que el dominio de una lengua no implica de modo automático su utilización y mucho menos su utilización en tales o cuales contextos situacionales. En consecuencia, necesitamos complementar los datos ya considerados con los referentes al uso de castellano y gallego, tanto en general como en distintos tipos de situaciones. Por último, tan importantes como las conductas lingüísticas son las actitudes hacia las lenguas. De ahí la atención que prestamos también a esta faceta.

Aunque es forzoso reconocer que la situación ha variado considerablemente en el transcurso de los últimos años, la repartición de ámbitos entre gallego y castellano se sigue manteniendo todavía en buena parte en el sentido apuntado antes. En las situaciones formales aumenta el uso del castellano y, por el contrario, el gallego se emplea más en las situaciones informales. Todo ello, por supuesto, desde un punto de vista general, que supone la adición e integración de las conductas individuales.

Es obvio que el monolingüe no puede cambiar de lengua. La oscilación será originada siempre, en consecuencia, por los cambios de código realizados por los bilingües. Debemos saber con qué frecuencia emplean estos últimos cada lengua, tanto en general como en cada uno de los diversos ámbitos de interés. De aquí resultará el esquema de las funciones asignadas a cada lengua en el interior de la comunidad.

No he podido encontrar datos acerca de la lengua empleada con más frecuencia por la totalidad de una muestra en términos generales, esto es, sin hacer referencia a una situación específica. De los gallego-hablantes integrados en la muestra Galicia/75, el 65,7 % «manifiesta que es el gallego la lengua que utilizan más frecuentemente para hablar, mientras que un 35,5 % dicen utilizar más frecuentemente el castellano» (del Campo *et al.* 1977, 227)²². Esa impresión se matiza

²² Por las razones ya apuntadas (cf. *supra* ap. 3), la utilización oral —y no la que suponga empleo de la representación gráfica de la lengua— es la única que puede resultar interesante.

Nótese, por otro lado, que los autores que facilitan este dato han diferenciado

luego con interesantes diferencias según se trate de una u otra situación socialmente caracterizada. Como ya hemos dicho, el uso del gallego disminuye a medida que la situación se hace más formal. En el cuadro 7 se puede observar el distinto grado de empleo del gallego entre los gallego-hablantes en distintos contextos situacionales. La familia y los establecimientos comerciales constituyen los dos puntos extremos. Los datos del cuadro 7 se ven confirmados en sus líneas generales por los que figuran en el cuadro 8, tomados de Ruiz Fuentes y Pérez Vilariño (1977, 55). También aquí el comercio ocupa un lugar bajo en la escala de utilización del gallego. Nótese la diferencia entre los porcentajes que arrojan el comercio y el mercado, reflejo de dos ámbitos distintos para una actividad fundamentalmente igual. No obstante, es la situación más rígida y formal, el trato con el médico, la que registra el grado más bajo de uso del gallego: un 14,2 %. Por lo ya dicho acerca de la población estudiada y la diferente formulación de las preguntas, los datos de estos dos últimos cuadros no permiten la fácil comparación de resultados, pero marcan una clara gradación en el uso con independencia de que resulten más o menos distantes de los que debemos esperar para la población en general.

No habrá pasado inadvertido un importantísimo rasgo del cuadro 8 que nos obliga a considerar con cierto detalle la utilización de gallego y castellano en el interior del círculo familiar. Aunque funciona perfectamente en otras situaciones, en Galicia es una enorme simplificación preguntar por la lengua hablada en casa, en la familia, y pretender poner en relación ese dato con el grado de utilización de cada lengua en el trabajo, con los amigos, en los establecimientos comerciales, etc. Las contestaciones a una pregunta de ese tipo ocultan casi siempre una fortísima dualidad. En el ámbito familiar funcionan con mucha frecuencia dos lenguas: la que hablan los padres entre sí y la que emplean para dirigirse a sus hijos.

La entidad de la diferencia entre los dos comportamientos se observa claramente en el cuadro 8, donde hay una distancia de casi 19 puntos. Considerablemente mayor es la que resulta de los datos de Foessa (1970), reflejados en el cuadro 9, según los cuales se pasa de un 75 % de amas de casa que habla gallego con sus maridos a un

a los gallego-hablantes de la generalidad de los encuestados. En el fondo, los identifican con los bilingües, de modo que, como ya he señalado, aceptan que todo el mundo conoce el castellano.

exiguo 5 % que utiliza esa lengua con sus hijos. Debo señalar que estos resultados aparecen fuertemente alejados de todos los demás que he manejado, pero no puedo explicar el hecho ²³.

Sin olvidar que se trata de un segmento especial de la población y que, por tanto, los datos resultantes sólo pueden ser considerados como manifestaciones parciales de la situación general, puede ser interesante el análisis de los cuadros 10 y 11. En el primero de ellos figuran los porcentajes correspondientes a la lengua empleada por los profesores de E.G.B. para hablar con sus cónyuges y sus hijos. Se observa inmediatamente la subida en el empleo del castellano y el descenso en el uso del gallego cuando se trata de la conducta lingüística seguida con los hijos. Los índices de utilización del gallego (en una escala de 0 a 1) son 0,34 (con el cónyuge) y 0,19 (con los hijos) ²⁴.

Como es lógico, estas diferencias son conseguidas a base de que haya un buen número de entidades familiares en las que la lengua que utilizan los padres entre sí sea distinta de la que emplean con los hijos. El cuadro 11 muestra los resultados del cruce. Salta a la vista que hay un comportamiento homogéneo en la práctica totalidad de

²³ Conviene tener en cuenta que el porcentaje de amas de casa que emplean una lengua distinta del castellano con sus hijos es muy reducido en todos los ámbitos lingüísticos diferenciados según este Informe. Emplea la lengua autóctona el 7 % de las amas de casa de Cataluña, el 6 % en el País Vasco, el 3 % en el País Valenciano y el 7 % en Baleares (cf. Foessa 1970, tabla 18.75). Estos porcentajes están referidos al total de contestaciones registradas a las preguntas correspondientes, no al total de encuestadas.

²⁴ Para obtener estos índices he atribuido un valor cuantitativo a cada grado de utilización del gallego en las distintas posibilidades según una escala de 0 a 4. Así, la primera posibilidad de respuesta que aparece en el cuadro es convertida en 0, la segunda, en 1, la tercera, en 2, etc. El índice se halla aplicando la fórmula

$$I = \frac{X_j Y_j}{C V_m}$$

donde X_j representa los distintos valores atribuidos a cada posibilidad de respuesta; Y_j representa el porcentaje de encuestados que corresponde a las distintas contestaciones posibles; C es el porcentaje de contestaciones registradas (lo cual supone que los casos de no contestación no intervienen en el resultado); V_m es el valor máximo con que se trabaja (en este caso, 4). Si no se incluye este último factor, se obtiene un coeficiente de utilización que, lógicamente, oscila entre 0 y 4 (o, en general, entre los valores extremos utilizados). He preferido dar los índices (situados entre 0 y 1), que siempre resultan más inmediatamente asimilables.

aquellos encuestados que hablan castellano con su cónyuge. En cambio, sólo el 40,8 % de los que hablan gallego con su cónyuge emplean única o fundamentalmente esta lengua con sus hijos.

Es necesario, por tanto, matizar la tan frecuente afirmación de que el gallego es la lengua que corresponde al círculo de lo más íntimo, al ámbito de las relaciones familiares. El grado de utilización del gallego con los hijos está al nivel del que detectamos para las situaciones objetivamente más formales. Es, sin duda, un fenómeno que hay que explicar.

Antes de intentarlo debemos, no obstante, ocuparnos de otros aspectos que, entrecruzados con el anterior, provocan el aumento o disminución en los índices de uso del gallego. El primero de ellos, al que he aludido ya de pasada, se refiere al carácter rural o urbano de las entidades de población. A mayor grado de ruralidad, mayor utilización del gallego en todas las situaciones. Los cuadros 12 y 13 muestran distintos aspectos de este fenómeno. Entre las posibilidades que ofrecían las encuestas realizadas, he elegido ámbitos de utilización relativamente próximos a lo íntimo, pero que no presentaran los inconvenientes apuntados cuando se pregunta por la lengua hablada en la familia. El cuadro 12, referido a la lengua utilizada más frecuentemente para hablar con las vecinas, muestra un salto muy brusco al cruzar la línea de los 4.000 habitantes (de la entidad de población, no del municipio).

Mejor matizado y más llamativo por estar referido a un segmento de la población especialmente interesante es el cuadro 13. La muestra está constituida por niños en edad escolar en 1976. Puede apreciarse que la utilización del castellano como lengua exclusiva o predominante para tratar con los amigos oscila entre el 82 % y el 4 % de los casos, mientras que el gallego se mueve del 8 % al 92 %. Aplicando el sistema descrito anteriormente (cfr. *supra*, nota 24), los índices de utilización del gallego son los siguientes²⁵:

Ciudad:	0,15
Partido:	0,36
Villa:	0,65
Aldea:	0,86

²⁵ Para valorar la fiabilidad de los datos del cuadro 13 al ser referidos a toda la población conviene no olvidar que las muestras son, en algunos casos, extremadamente reducidas.

Para terminar esta presentación panorámica de los factores más fuertemente correlacionados con la utilización del gallego, veamos otros tres aspectos: la edad, el *status* social (medido por el nivel de ingresos) y los estudios realizados. El cuadro 14 muestra que el empleo del gallego como lengua de vecindad disminuye con la edad de las amas de casa encuestadas de modo constante.

El cuadro 15 presenta un movimiento del mismo tipo relacionado con el aumento del nivel de ingresos. Es evidente que el gran salto se da al pasar de los niveles altos a los medios, pero la tendencia sigue siempre la misma dirección. Por último, el cuadro 16 deja ver que el empleo del castellano con las vecinas (y lo mismo ocurre con el resto de las situaciones) asciende en general con la elevación del nivel de estudios.

Todo lo anterior justifica y demuestra de modo estadísticamente aceptable lo dicho previamente acerca de las áreas y ámbitos a que gallego y castellano han sido adscritos tradicionalmente. Dada esta distribución, a causa de ella y, al tiempo, haciéndola avanzar más en la misma dirección, el gallego ha sido identificado con lo rural, lo inculto, lo pobre; en definitiva, con lo desprovisto de poder y prestigio social. El castellano, por el contrario, es la lengua del poder, de la cultura, del prestigio, del alto nivel económico.

En todo ello radica, me parece, la explicación de ese comportamiento anómalo y desgarrador de la coherencia en la conducta lingüística cuya explicación hemos dejado pendiente hace un rato. El hecho de que, con bastante frecuencia, los padres hablen entre sí una lengua, empleen otra para dirigirse a sus hijos y obliguen a éstos a hablarles en ella pasa por la asignación tradicional de diferentes funciones a castellano y gallego. La identificación del castellano con los que la comunidad considera valores positivos provoca el natural deseo de facilitar a los hijos el acceso a ellos. Factores muy importantes en esta dirección han sido, entre otros, la hasta hace muy poco tiempo utilización exclusiva del castellano en la escuela y el desplazamiento de gente del campo, básicamente gallego-hablante, a la ciudad, donde la presencia del castellano es mucho más fuerte. En este último caso, los recién llegados adultos siguen utilizando su lengua, pero habitualmente tratan de educar a sus hijos en castellano para facilitarles, además de todo lo ya mencionado, la integración en el mundo urbano.

El aumento en frecuencia y la mayor facilidad de comunicación entre zonas muy poco vinculadas hasta hace poco tiempo, las tasas crecientes de escolarización, la difusión de los medios de comunicación de masas y, en general, todo aquello que ha hecho que el ámbito rural haya ido dejando de ser el mundo distante que constituía hace no muchos años, ha dado lugar a la repercusión de muchos de estos factores castellanizantes en aquellos dominios inicialmente libres de influencia. La castellanización (al menos superficial) ha acompañado regularmente al desarrollo, al ascenso social o a la simple expectativa de mejora en el *status*. Como punto final del proceso, en el ámbito rural ha habido en los últimos quince o veinte años una especie de ruptura del código según el cual el labrador o marinero y su familia hablaban en gallego porque el castellano estaba reservado a otro tipo de personas, con necesidades y funciones distintas. El gradual y en muchas ocasiones sólo aparente acceso a esas otras funciones ha provocado el cambio en el comportamiento lingüístico. Es el fenómeno al que se refería en 1973 X. Alonso Montero con las siguientes palabras:

La aldea hasta hace muy pocos años se regía por un código que nadie violaba. Según este código ningún campesino podía educar a sus hijos en castellano, hecho que sería interpretado por el vecindario como un afán de mostrarse superior. En la sociedad rural sólo los hijos del maestro, del boticario, etc., tenían ese derecho. Pues bien, desde hace unos cuantos años la ley se vulnera una y otra vez, vulneraciones que ya no son objeto de sanción por parte del vecindario campesino. Ello significa que el código de ayer carece de vigencia hoy. En efecto, algunos campesinos ya «educan» a sus hijos en castellano (Alonso 1973, 38-39; cf. también 144-145).

Como consecuencia lógica de todo ello, la mayor parte de los sondeos realizados ha arrojado una fuerte inclinación por el castellano como lengua básica de la enseñanza. Preferiría que enseñasen a sus hijos o a los niños del barrio en castellano el 89 % de las amas de casa de la muestra Galicia/70 (cfr. Foessa 1970, tabla 18.69). El cruce de las respuestas a esta pregunta con aspectos como las características del lugar de residencia, el grado de estudios de la encuestada o el nivel de ingresos familiares no muestra diferencias significativas en el comportamiento de los distintos subgrupos (cfr. Foessa 1970, tablas 18.68 a 18.70). Se trata, por tanto, de un punto de vista com-

partido en aquel momento por prácticamente todas las encuestadas. En la muestra general Galicia/75, el 76,7 % de los encuestados mantiene la opinión de que la enseñanza debería realizarse en castellano exclusivamente o acompañado de algunas asignaturas de lengua y cultura gallegas (cfr. del Campo *et al.* 1977, 229).

Evidentemente, esa postura no equivale a una actitud contraria a la lengua. Al lado de lo que acabamos de ver, al 73 % de las amas de casa encuestadas en el informe Foessa 1970 les gustaría mucho o bastante que sus hijos hablaran gallego y el 49 % cree que es muy necesario o bastante necesario que lo hagan (cfr. Foessa 1970, 1.265 y tabla 18.49). En el dato anterior se trata de hablar una lengua en el sentido de poseer su conocimiento, de dominarla. Quizá más interesante es referir la pregunta a la lengua en que los padres preferirían que sus hijos se expresaran fundamentalmente. Los encuestados en Galicia/76 (muestra general que, como se recordará, excluye los residentes en núcleos inferiores a los 2.000 habitantes) responden a ella del modo siguiente: el 26 % prefiere que hablen en gallego, el 37 % está a favor de que lo hagan en castellano y otro 26 % se inclina por el uso indiscriminado de ambas lenguas (cfr. Ruiz Fuentes - Pérez Vilarriño 1977, 57). Las razones aducidas en cada caso por los encuestados figuran en los cuadros 17 y 18²⁶. Según estos autores, los motivos de los que prefieren que sus hijos se expresen en gallego poseen «una clara carga afectiva que se desprende precisamente de la existencia de ese 'todo' (llamémosle pueblo, nación o país) y de su capacidad vinculante y de arraigo entre los miembros que forman parte de él» (Ruiz Fuentes - Pérez Vilarriño 1977, 58). En cambio, las razones de quienes mantienen la opinión contraria «tienen una raíz más positiva o funcional que afectiva, o simplemente costumbrista, e indican de forma latente la aceptación de la escala de prestigio y de la relación de fuerzas sociales vigentes actualmente en Galicia» (*ibidem*).

El gallego ha arrastrado, en efecto, la consideración de lengua baja, pobre e inculta. La elevación del *status*, el ascenso en la escala social ha ido acompañado de la desgalleguización (al menos intencional) de quienes lo experimentaban. Todos los factores estudiados

²⁶ Según me ha comunicado amablemente el Dr. Pérez Vilarriño, estos dos cuadros reflejan respuestas múltiples, lo cual significa que los interrogados pueden indicar más de un motivo para la preferencia expresada.

anteriormente nos han encaminado en una dirección, nos han ido conduciendo a una conclusión que parece indiscutible: el uso del gallego ha debido de ir disminuyendo por la renovación de la población, el desplazamiento a las ciudades, la elevación del nivel de vida, la escolarización en castellano, etc. La conclusión, sin embargo, no es correcta. Más bien, todo parece indicar que la utilización y el conocimiento del gallego han experimentado un fuerte aumento en los últimos tiempos. El 26 % de los encuestados en Galicia/76 decía que en aquel momento se expresaba en gallego con más frecuencia que hacía cinco años, el 11 % lo usaba menos y el 63 % estimaba que lo hacía del mismo modo (cfr. Ruiz Fuentes — Pérez Vilariño 1977, 61)²⁷. Aun sin datos numéricos sobre este punto, creo que se puede afirmar con seguridad que desde ese momento se ha seguido registrando progresión en el uso del gallego y que incluso se ha hecho en mayor proporción.

Me he referido páginas atrás a la ruptura del código según el cual la generalidad de los habitantes del mundo rural tenía que hablar en gallego. Ese proceso, de alrededor de veinte años de antigüedad en este momento, se vio acompañado no mucho después de un fenómeno de sentido contrario. Desde hace aproximadamente quince años se ha venido debilitando la fuerza de la norma por la que los miembros de ciertas clases, los de mayor *status* social y mejor posición económica, los que habitan en núcleos urbanos, etc. debían hablar en castellano. En los últimos tiempos, ha habido muchos gallego-hablantes originarios que, a pesar de haber pasado a formar parte de estratos sociales distintos de aquel al que pertenecían por nacimiento, se han resistido a la desgalleguización, a la castellanización. Al tiempo, ha habido también gran cantidad de casos de conversión del gallego en lengua habitual por parte de quienes jamás lo habían tenido en su entorno inmediato, precisamente porque pertenecían originariamente a segmentos castellanizados con anterioridad. En consecuencia, la situación tradicional se ha quebrado en dos lugares diferentes y lo ha hecho en sentidos contrapuestos.

Indudablemente, el segundo proceso ha afectado únicamente a una pequeña parte de las clases altas y de las clases medias que tenían

²⁷ Para las razones aducidas en cada caso, cf. Ruiz Fuentes — Pérez Vilariño (1977, págs. 62 y sigs.).

el castellano como lengua habitual. Este carácter minoritario hace que por sí mismo no pueda explicar las enormes diferencias cuantitativas que la situación actual muestra con respecto a la existente hace unos pocos años. No obstante, la no castellanización de unos y la galleguización de otros en cierto sector de los estratos cultural y económicamente elevados de la sociedad ha sido la demostración palpable de que el gallego no está condenado por naturaleza a constituir el síntoma de pertenencia a los estratos pobres e incultos. La evidencia de este último fenómeno ha contribuido a detener la castellanización de aquellos que, por encontrarse en el camino del ascenso social (auténtico o no), habrían tenido que abandonar el gallego según el viejo código e incluso a regaleguizar sectores previamente castellanizados.

Sobre el gallego se ha ido aligerando el peso del estigma de lengua propia de gentes pobres e incultas a medida que se iba haciendo presente en labios de personas bien situadas socialmente. Al preguntar a los encuestados de la muestra Galicia/76 el motivo por el que, en su opinión, se había extendido el uso del gallego en los últimos tiempos, el 47,6 % (que es el porcentaje más alto registrado) indicó como factor único o acompañado por otros el hecho de que «antes se consideraba que el que hablaba gallego pertenecía a una clase social baja y ahora no» (Ruiz Fuentes — Pérez Vilaríño 1977, 64). Quizá no sea ésta la razón más poderosa, pero sí es, cuando menos, la más visible. Aunque no explique la galleguización de quienes ya se expresaban en castellano, el desdibujamiento de la equiparación entre expresarse en gallego y pertenecer a los estratos más pobres e incultos ha hecho desaparecer buena parte de la fuerza que poseía el impulso castellanizador. Y a poca distancia del anterior, el segundo gran motivo: el 43,4 % de los encuestados opina que el incremento en la utilización del gallego se debe (únicamente o al lado de otras causas) a que «los gallegos no quieren que su lengua muera» (*ibidem*).

Indudablemente, las actitudes hacia el gallego se han modificado de modo muy notable a lo largo de los últimos años. Por mencionar únicamente algunos casos de preferencia lingüística en aspectos que no implican la utilización de la escritura (y no crean, por tanto, dificultades adicionales), entre las amas de casa de la muestra Galicia/70 aparecen unos porcentajes muy altos de aceptación del castellano como lengua exclusiva en la radio (el 68 %), la televisión (el 82 %) o

el cine (el 80 %) (cfr. Foessa 1970, tablas 18.82 a 18.84). Entre los gallego-hablantes de la muestra Galicia/75, el 53,8 % se muestra partidario del uso exclusivo del castellano en los anuncios publicitarios y el 71,6 % piensa del mismo modo con respecto a los documentos públicos, mientras que se inclinan por la utilización de únicamente el gallego en estos casos el 9,2 % y el 2,9 %, respectivamente (cfr. del Campo *et al.* 1977, 228). Al preguntar a los profesores de E.G.B. por los ámbitos que consideran más adecuados para el uso del gallego, hay un 34,2 % que contesta que son el familiar y el coloquial, pero aparece también un importante 50,9 % para el que resulta adecuado en todos los ámbitos (cfr. Rojo 1979, 98 y sigs.). El segmento más joven de la muestra estudiada (los comprendidos entre 21 y 30 años) tiene esta actitud en una proporción bastante más alta que la que corresponde a los demás grupos de edad (cfr. *ibidem*).

El sentimiento de que la lengua resulta adecuada a cualquier tipo de utilización es el paso necesario para la normalización de la lengua²⁸. Con respecto a la cuestión de si el gallego debe convertirse en la lengua habitual de los gallegos, estos mismos profesores contestan del modo que refleja el cuadro 19. Nótese que casi el 60 % se muestra totalmente o bastante de acuerdo y que, además, el correspondiente a los que están totalmente de acuerdo es el más alto de los registrados. Como en el caso anterior, el grupo de los más jóvenes se muestra de acuerdo en mayor grado que los demás (cfr. Rojo 1979, 110 y sigs.).

Todo esto revela, me parece, una importante modificación en las actitudes hacia el gallego. Soy consciente, por supuesto, de que estos últimos datos proceden de un sector especial de la población gallega y que, en consecuencia, no pueden ser comparados sin más con los obtenidos de una muestra general o entre amas de casa. El reconocimiento de que los resultados que arroja la encuesta hecha a los maestros no pueden ser interpretados más que como una indicación indirecta de la situación general no significa, sin embargo, que crea que había que esperar aquí unos índices de inclinación por el gallego muy superiores a los procedentes de una muestra general. Ha sido un sector castellanizado y, sobre todo, desgalleguizado en alto grado. Recuérdese que, como hemos visto en apartados anteriores, sólo el

²⁸ Para el concepto de normalización, cf., entre otros, Ninyoles (1972).

71,6 % de los profesores de E.G.B. habla gallego (cfr. *supra*, cuadro 1) y sólo el 19,7 % del total de encuestados lo tiene como lengua única o fundamental para hablar con su cónyuge (cfr. Rojo 1979, 60).

Así pues, Galicia ha experimentado en los últimos quince o veinte años el desarrollo de dos fenómenos de signo contrario que han alterado considerablemente la configuración de las actitudes y los comportamientos lingüísticos de los gallegos. De un lado, la castellanización que había venido acompañando al ascenso en la escala social (reducido en muchas ocasiones al simple traslado del campo a la ciudad) se ha acelerado y extendido a sectores a los que no había afectado anteriormente. Tal ampliación es la consecuencia del mejoramiento en las condiciones de vida, la generalización de la escuela y de todo aquello que ha hecho surgir expectativas de mejora en los estratos más deprimidos. Este proceso de desgalleguización y castellanización que hemos considerado como la primera ruptura de la distribución tradicional se ha mantenido hasta este mismo momento.

En otra dirección han actuado tres procesos distintos que apuntan al mismo resultado final. De un lado, la galleguización de quienes, como resultado de una castellanización realizada una o dos generaciones antes, tenían el castellano como primera lengua. En segundo lugar, la regalleguización (o descastellanización) de los que en un momento anterior de su vida habían abandonado el gallego como medio habitual de expresión. Por último, el mantenimiento en su lengua originaria (equivalente a la no castellanización y no desgalleguización) de quienes, en las circunstancias vigentes hace diez años, habrían abandonado el uso normal del gallego. Las tres corrientes provocan un notable aumento en el número de personas que tienen el gallego como medio habitual de expresión y, sobre todo, la presencia continua de esta lengua en ámbitos, ambientes y circunstancias que le estaban vedados no hace mucho tiempo.

En parte como causa y en parte como efecto de estos últimos procesos, las actitudes hacia el gallego muestran en la actualidad un fuerte cambio con respecto a las que se registraban diez o quince años atrás.

V. LA EVOLUCIÓN DE LA DIGLOSLIA

Podemos volver ahora, tras haber hecho esta rápida revisión de los datos más destacados, a la caracterización general de la situación lingüística gallega. En el apartado 1 acepté la definición de diglosia propuesta por Mauro Fernández, según la cual existe diglosia «allí donde hay un empleo *codificado* de diversas lenguas o de diversas variedades de una lengua» (1978, 390). Esta caracterización nos permite calificar como «diglósicas» situaciones que, aunque tienen en común aspectos importantes, presentan también ciertos rasgos exclusivos. Las diferencias se originan a lo largo de dos ejes distintos. Por un lado, la diglosia puede darse con variedades de una misma lengua o con lenguas distintas. En el primer caso estamos en una comunidad monolingüe y en el segundo encontramos bilingüismo social. A mi modo de ver, la posibilidad de englobar las relaciones que establecen entre sí las distintas variedades de una misma lengua a partir de las diferentes funciones que desempeñan es un punto crucial en la consideración general de los fenómenos lingüísticos²⁹. Es, por otra parte, prácticamente el sentido que dio Ferguson originariamente al término «diglosia», aunque lo hizo restringiendo su aplicación a aquellos casos en los que la variedad alta está muy diferenciada de la(s) otra(s). Casos de este tipo son, me parece, los que muestran la conveniencia de considerar este fenómeno desde un único ángulo, con todas las matizaciones posteriores que sean necesarias, tanto si se trata de lenguas distintas como si nos encontramos ante variedades de la misma lengua. No es fácil trazar una frontera neta entre los dos tipos.

El segundo eje a lo largo del cual necesitamos marcar diferentes tipos de situaciones diglósicas se refiere a la clase de «codificación» social que regula el uso de las lenguas o variedades. La primera clase, a la que podemos denominar «diglosia funcional», es aquella en la que se da una regulación, aceptada por la comunidad, según la cual

²⁹ De modo similar, Sánchez Carrión (1974, págs. 67 y sigs.) diferencia entre «endodiglosia» o «diglosia intralingual» y «exodiglosia» o «diglosia interlingual»; cf. *infra*, nota 30.

cada variedad resulta adecuada en una serie más o menos amplia de situaciones (socialmente diferenciadas); esto es, se asigna una función general distinta a cada variedad. Ésta es la diglosia característica (aunque no exclusiva) de las comunidades consideradas habitualmente como monolingües. En los casos más típicos, todos los miembros de esa comunidad dominan (al menos en cierto grado) ambas variedades, de tal modo que las emplean con toda soltura en los contextos adecuados.

La segunda clase, que habitualmente se da cuando se trata de una comunidad bilingüe, es lo que podríamos llamar (a falta de término más apropiado y transparente) «diglosia de adscripción». En la situación típica, ciertos estratos de esa comunidad poseen una lengua y otros estratos hablan otra distinta. Son, evidentemente, estratos sociales a los que puede, en consecuencia, ser adscrita una lengua u otra. Como derivación del hecho de que unos estratos son los dominantes y otros los dominados, las lenguas respectivas desempeñan funciones parcialmente distintas, ya que las funciones socialmente reconocidas que realizan los miembros de los dos grupos de estratos son también diferentes. Los estratos inferiores tienen una gama limitada de papeles y las funciones correspondientes son las que en principio desempeña su lengua. Los estratos superiores realizan una serie más amplia de funciones, entre ellas todas las prestigiadas socialmente y, por tanto, su lengua aparece en un espectro más diversificado y extenso. Hay, pues, dos hechos importantes. Una de las lenguas, la alta, sirve para todo tipo de situaciones, desde las coloquiales hasta las que corresponden a los contextos más formales. La otra, la baja, sólo es empleada para los ámbitos familiares, coloquiales y no formales por la sencilla razón de que esos son los contextos en que se mueven inicialmente quienes la tienen como habitual. De aquí deriva, mediante evolución fácilmente reconstruible, el sentimiento de que sólo una de las dos lenguas implicadas, la alta, es adecuada para el ámbito de las situaciones formales, además de ser el síntoma de pertenencia a los sectores elevados. Por tanto, los miembros de los estratos inferiores que deseen acceder a desempeñar funciones sociales prestigiadas deben, como paso previo, adquirir la lengua adecuada a ellas. Ese es el camino por el que una sociedad con bilingüismo social produce bilingües individuales, que son los únicos que pueden utilizar una u otra lengua según la situación en que se encuen-

tren. Sólo aquí, en los individuos bilingües, tiene pleno sentido decir que la lengua B es la propia del ámbito informal y la lengua A la que corresponde a las situaciones formales³⁰.

La diglosia de adscripción implica, claro, cierto tipo de diglosia funcional, pero no exactamente del modo considerado antes. La diversidad funcional trabaja en el segundo caso en sentido exclusivamente negativo: la lengua baja no es adecuada para situaciones formales. En cambio, la lengua alta sirve en todos los contextos. En la diglosia funcional típica, tal como la he definido, cada lengua o variedad tiene su ámbito y tan inadecuado es usar la variedad alta en contextos coloquiales como la baja en contextos formales³¹.

Está claro que la situación gallega ha sido del tipo de la que he llamado «diglosia de adscripción», con las implicaciones consideradas acerca de las funciones que cada lengua puede desempeñar. En los casos típicos, ambas clases de diglosia suponen la existencia de unas normas sociales de alcance general, que son las que regulan los ám-

³⁰ La diferencia establecida por Sánchez Carrión entre endodiglosia y exodiglosia (cf. *supra*, nota 29) se extiende a lo largo de las dos dimensiones que yo he mantenido separadas. Para este autor, «en la endodiglosia es 'diglósico' todo el grupo (activa o pasivamente), mientras que en la exodiglosia o diglosia propia sólo lo es el grupo lingüísticamente dominado» (Sánchez Carrión 1974, pág. 71). Efectivamente, como he señalado más arriba, la diglosia funcional suele estar ligada a las comunidades en que conviven variedades de una misma lengua, mientras que la diglosia de adscripción aparece normalmente cuando las implicadas son dos lenguas distintas. De todos modos, puesto que la distinción establecida aquí explica perfectamente estas concomitancias, pero no impide pensar en las combinaciones contrarias (perfectamente concebibles, al menos en abstracto), prefiero mantener las diferencias.

³¹ Para Ferguson, la variedad alta «is used for most written and formal spoken purposes but is not used by any sector of the community for ordinary conversation» (1959, pág. 22). Así pues, no queda excluida la posibilidad de emplear la lengua B en contextos formales, ya que la A sólo se emplea en la mayor parte de estas situaciones. No existe, en cambio, la utilización de la lengua o variedad A en contextos informales. Por tanto, en la diglosia funcional la situación es, en este aspecto, contraria a la que se da en la diglosia de adscripción.

Mauro Fernández ha mostrado claramente que la definición de Ferguson ha sido mal traducida (y, por consiguiente, mal entendida) entre nosotros. Vallverdú (1972, pág. 11), Ninyoles (1972, pág. 31), Alonso Montero (1973, pág. 33), por ejemplo, traducen, más o menos, que la variedad alta «se utiliza *sobre todo* como lengua escrita y formal», con lo que incurren en «una contradicción evidente, pues se admite la posibilidad de que la variedad H se use en la conversación informal (en efecto, la traducción de *for most* como 'sobre todo' no restringe otros usos) para negarla a continuación» (Fernández 1978, pág. 383), esto es, al traducir correctamente la última parte de la definición.

bitos de uso de cada lengua. En la medida en que esas normas son aceptadas por la práctica totalidad de los miembros de la comunidad, no hay conflicto lingüístico en uno de los sentidos más estrictos de la expresión, el que remite a una lucha entre las lenguas o los grupos lingüísticos. El conflicto lingüístico comienza cuando, como ha señalado Mauro Fernández, «las normas existentes se sienten como inadecuadas, una comunidad o un sector de la misma se sienten oprimidos y se entra en una etapa de transición en la que las normas se cuestionan cada vez más hasta diluirse, bien por la asimilación de la lengua del grupo, bien por su consolidación» (Fernández 1978, 390). Propone, para designar esta situación, los términos «glosomaquia», «diglosia conflictiva» o «diglosia débil».

Los últimos datos considerados muestran que Galicia ha dejado, con toda claridad, de estar situada en la zona central de la diglosia de adscripción. Las normas previas, como hemos mostrado, han quebrado en dos aspectos y dos sentidos distintos que, además, están vinculados a los diferentes componentes de la diglosia de adscripción. El primero de ellos, el que ha dado lugar a la desgalleguización de niños y jóvenes en núcleos de población progresivamente menores hasta llegar a lo estrictamente rural, tiende, con el paso del tiempo necesario para ello, a una castellanización total (con lo que, naturalmente, desaparecería el bilingüismo social por extinción de una de las lenguas). Ese proceso se basa en la aceptación de que la lengua A (el castellano) es superior a la otra (el gallego), como es propio de la diglosia, pero rompe con esa situación en la medida en que rechaza la determinación lingüística inicial. Mientras las normas diglósicas son aceptadas, el cambio de lengua va ligeramente retrasado con respecto al ascenso social. Visto de otro modo, la posibilidad de realizar funciones cada vez más elevadas empuja a la adquisición de la lengua A (con el abandono total de la lengua B o su conservación para ciertos ámbitos). Esa primera ruptura del código diglósico, en cambio, muestra el cambio lingüístico como síntoma del deseo de ascenso social. Es, pues, previo y no posterior. Por supuesto, eso sólo es posible cuando se generaliza cierta ampliación en las expectativas de mejora social y cuando la lengua A llega habitualmente a todas partes (a través de los medios de comunicación, la escuela, etc.).

El segundo proceso, en cambio, ha atacado a la parte del primitivo código diglósico que reservaba las funciones elevadas a la lengua alta.

Este es, naturalmente, el que da lugar a la aparición de conflicto lingüístico, puesto que con la ampliación de esta actitud, son las dos lenguas las que son consideradas aptas para todas las funciones (aunque no por todos). Idealmente, esa vía podría llevar a un bilingüismo social no diglósico con individuos bilingües o monolingües, pero es evidente que esa situación no puede darse en la realidad. Antes o después, una de las dos lenguas vencerá y se convertirá en la única usada en las relaciones interiores de la comunidad, puesto que, una vez surgido el conflicto, no parece probable que se pueda retroceder a otra situación de diglosia con normas aceptadas por la inmensa mayoría.

Creo que la expresión «diglosia conflictiva» define perfectamente la situación actual de Galicia. La empleo en un sentido muy próximo al que le da M. Fernández, aunque no idéntico. No creo que sea un tipo cualitativamente distinto de diglosia, como él afirma (cfr. Fernández 1978, 390). A mi modo de ver, hay conflicto porque una parte, más o menos amplia de la comunidad, no acepta la normativa propia de la situación diglósica. Hay diglosia porque otro sector permanece en ella. Mientras existe diglosia en estado puro, las normas no son cuestionadas. En esta otra situación, una parte de la sociedad rompe con ellas, lo cual da lugar a la aparición visible del conflicto. La diglosia es la misma de antes, pero no es aceptada por todos. No se trata, por tanto, de un tipo distinto, sino de una situación mixta que, aunque podría prolongarse durante bastante tiempo, parece ser de naturaleza inestable en tanto que sólo puede apuntar a la victoria de una de las lenguas sobre la otra. A mi modo de ver, Galicia ha entrado claramente en esta situación de diglosia conflictiva cuya solución requiere todavía un buen número de estudios técnicos, científicamente sólidos, que permitan tomar las medidas oportunas a quienes hayan de adoptarlas.

GUILLERMO ROJO
Universidad de Santiago

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alonso Montero, X. (1973): *Informe —dramático— sobre la lengua gallega*, Madrid, Akal, 1973.
- Aracil, L. V. (1980): «A sociolingüística da experiencia e da acción. O modelo galego», en AA. VV. *Problemática das linguas sen normalizar. Situación do galego e alternativas*, Santiago, Xistral, 1980.
- Ayestarán Aranaz, M. y J. de la Cueva Alonso (1974): *Las familias de la provincia de Pontevedra en 1974*, Sevilla, Instituto de Ciencias de la familia, 1974.
- Badía Margarit, A. (1977): «Lenguas en contacto: bilingüismo, diglosia, lenguas en convivencia (con especial aplicación al catalán)», en R. Lapesa (coord.), *Comunicación y lenguaje*, Madrid, Karpos, 1977, págs. 107-133.
- Del Campo, S., M. Navarro y J. Félix Tezanos (1977): *La cuestión regional española*, Madrid, Edicusa, 1977.
- Castillo Castillo, J. y J. Pérez Vilaríño (1979): *La reforma educativa y el cambio social en Galicia*, Instituto de Ciencias de la Educación, Univ. de Santiago, Doc. M-57, 1980.
- Ferguson, Ch. A. (1959): «Diglossia», *Word*, 15, 1959, págs. 325-340. Cito por la reed. incluida en su colección de artículos *Language Structure and Language Use* (selec. por A. S. Dil), Stanford Univ. Press, 1971, págs. 1-26.
- Fernández, M. (1978): «Bilingüismo y diglosia», *Verba*, 5, 1978, págs. 377-391.
- Fishman, J. A. (1967): «Bilingualism with and without Diglossia; Diglossia with and without Bilingualism», *Journal of Social Issues* 23/2, 1967, págs. 29-38. Reed. luego, con ligeras correcciones, como «Societal Bilingualism: Stable and Transitional» en varios lugares; entre ellos, como cap. 6 de Fishman (1972).
- (1972): *The Sociology of Language. An Interdisciplinary Social Science Approach to Language in Society*, Rowley (Mass.), Newbury House, 1972. Cito por la trad. esp. de R. Sarmiento y J. C. Moreno: *Sociología del lenguaje*, Madrid, Cátedra, 1979.
- Foessa (1970): *Informe sociológico sobre la situación social de España: 1970*, Madrid, Fundación Foessa-Euramérica, 1970.
- (1975): *Estudios sociológicos sobre la situación social de España: 1975*, Madrid, Fundación Foessa-Euramérica, 1976.
- García, C. (1976): «Interferencias lingüísticas entre gallego y castellano», *R. S. E. L.*, 6, 1976, págs. 327-343.
- (1977): *Galego onte, galego hoxe*, Univ. de Santiago, 1977.
- Mackey, W. F. (1962): «The Description of Bilingualism», *Canadian Journal of Linguistics*, 7, 1962, págs. 51-85. Cito por su reed. en Fishman, J. A. (comp.), *Readings in the Sociology of Language*, La Haya, Mouton, 1968, págs. 554-584.
- Macnamara, J. (1967): «Bilingualism in the Modern World», *Journal of Social Issues*, 23/2, 1967, págs. 1-7.

- Ninyoles, R. Ll. (1972): *Idioma y poder social*, Madrid, Tecnos, 1972.
- (1977): *Cuatro idiomas para un estado*, Madrid, Edicusa, 1977.
- Rojo, G. (1974): Reseña de Alonso Montero (1973), *Verba*, 1, 1974, págs. 243-249.
- (1977): «Lengua y escuela en Galicia: Las actitudes lingüísticas de los profesores de E. G. B.», comunicación presentada al seminario sobre «Política lingüística para una escuela democrática» organizado por los Institutos de Ciencias de la Educación de las Universidades de Barcelona y Valencia (Sitges, junio de 1977); en prensa.
- (1979): *Aproximación a las actitudes lingüísticas del profesorado de E. G. B. en Galicia*, Instituto de Ciencias de la Educación, Univ. de Santiago, Doc. M-67, 1979.
- Sánchez Carrión, J. M. (1974): «Bilingüismo, diglosia, contacto de lenguas. Hacia una delimitación de conceptos», *Anuario de Filología Vasca «Julio de Urquijo»*, 1974, págs. 3-79.
- (1980): «El marco sociológico y espacial de una situación bilingüe», en AA. VV. *La problemática del bilingüismo en el Estado español* (Jornadas de bilingüismo de 1979, Bilbao), Instituto de Ciencias de la Educación, Univ. del País Vasco, 1980, págs. 13-32.
- Siguán, M. (1976a): «Bilingüisme i educació. Per a una sociologia del bilingüisme», en *Bilingüisme i educació (2on seminari). Ponències i comunicacions presentades al Seminari de bilingüisme* (Ciutat de Mallorca, abril 1975), Barcelona, Teide, 1976, págs. 5-36.
- (1976b): «Bilingüismo y Sociología», *R. S. E. L.*, 6, 1976, págs. 27-88.
- Ruiz Fuentes, R. y J. Pérez Vilariño (1977): *Vivir en Galicia*, Madrid, Felmar, 1977.
- Vallverdú, F. (1972): *Ensayos sobre bilingüismo*, Esplugues de Llobregat, Ariel, 1972.
- (1980): *Aproximació crítica a la sociolingüística catalana*, Barcelona, Edicions 62, 1980.

CUADRO 1

PORCENTAJE DE PERSONAS QUE PUEDEN HABLAR GALLEGO
CON SOLTURA SEGUN DIFERENTES ENCUESTAS

A) <i>Muestras generales</i>	
1. Galicia/75	81,4
2. Galicia/76	69,8
B) <i>Amas de casa</i>	
3. Galicia/70	92,0
4. Pontevedra/74	95,0
C) <i>Profesores de E. G. B.</i>	
5. Santiago/76	72,0
6. Galicia/77	71,6

FUENTES:

Línea 1: S. del Campo *et al.* (1977, 227).

Línea 2: Ruiz Fuentes — Pérez Vilarriño (1977, 51).

Línea 3: Foessa (1970, tabla 18.47).

Línea 4: Ayestarán — de la Cueva (1974, 49; cuadro 9).

Línea 5: Rojo (1977, cuadro 9).

Línea 6: Rojo (1979, 82; cuadro 2.58).

CUADRO 2

PORCENTAJE DE PERSONAS QUE PUEDEN HABLAR LA LENGUA
AUTÓCTONA SEGUN DIFERENTES ENCUESTAS

A) <i>Muestras generales</i> (la hablan «sin dificultades»)	
1. Galicia/75	81,4
2. Cataluña/75	68,4
3. País Vasco/75	19,1
4. País Valenciano/75	60,2
B) <i>Amas de casa</i>	
5. Pontevedra/74	95,0
6. Galicia/70	92,0
7. Cataluña/70	77,0
8. Baleares/70	91,0
9. País Valenciano/70	66,0
10. País Vasco/70	45,0

FUENTES:

Líneas 1 a 4: S. del Campo *et al.* (1977, 227, 195, 211, 238).

Línea 5: Ayestarán — de la Cueva (1974, 49; cuadro 9).

Líneas 6 a 10: Foessa (1970, tabla 18.47).

CUADRO 3

PORCENTAJE DE AMAS DE CASA QUE TUVIERON
COMO PRIMERA LENGUA

	<i>N. C.</i>	<i>Cast.</i>	<i>L. aut.</i>	<i>Totales</i>
1. Pontevedra/74	1	15	84	100 (N = 600)
2. Vigo/74	1	35	64	100 (N = 166)
3. Galicia/70	0	24	76	100 (N = 347)
4. Cataluña/70	0	48	52	100 (N = 550)
5. Baleares/70	0	16	84	100 (N = 189)
6. País Valenciano/70	0	53	47	100 (N = 226)
7. País Vasco/70	0	60	40	100 (N = 347)

FUENTES:

Líneas 1 y 2: Ayestarán — de la Cueva (1974, 70, cuadro 28).

Líneas 3 a 7: Foessa (1970, tabla 18.51).

CUADRO 4

DISTRIBUCIÓN DE LAS AMAS DE CASA SEGÚN LENGUAS
QUE DOMINAN Y LENGUA ORIGINARIA

(Pontevedra/74)

No contesta	4,0
Monolingües en C(astellano)	4,0
Bilingües con C como lengua originaria	11,0
Bilingües con G como lengua originaria	65,0
Monolingües en G(allego)	16,0
Total	100,0
	(N = 600)

FUENTE:

Ayestarán — de la Cueva (1974, 53).

CUADRO 5

PORCENTAJE DE AMAS DE CASA BILINGÜES QUE TUVIERON
COMO PRIMERA LENGUA
(Pontevedra/74)

Castellano	14,5
Gallego	85,5
	—
	100,0
	(N = 456)

Datos deducidos de los que figuran en Ayestarán — de la Cueva (1974, 53) y están reproducidos aquí en el cuadro 4.

CUADRO 6

PORCENTAJE DE PERSONAS QUE PUEDEN ESCRIBIR EN GALLEGO
SEGUN DIFERENTES ENCUESTAS

	A	B
A) <i>Muestras generales</i>		
1. Galicia/75	6,4	7,9
B) <i>Amas de casa</i>		
2. Galicia/70	24,0	26,1
3. Pontevedra/74	22,0	23,2
C) <i>Profesores de E. G. B.</i>		
4. Santiago/76	21,8	30,3
5. Galicia/77	25,4	35,5

Columna A: Porcentajes referidos al total de encuestados.

Columna B: Porcentajes referidos al total de encuestados gallego-hablantes (cf. supra cuadro 1).

FUENTES:

Línea 1A: S. del Campo *et al.* (1977, 227).

Línea 2A: Foessa (1970, tabla 18.46).

Línea 3A: Ayestarán — de la Cueva (1974, 59; cuadro 22).

Línea 4A: Rojo (1977, cuadro 9).

Línea 5A: Rojo (1979, 82; cuadro 2.58).

CUADRO 7

PRACTICA DEL GALLEGO POR LOS RESIDENTES EN GALICIA
QUE HABLAN GALLEGO, EN PORCENTAJE

	<i>En casa con su familia</i>	<i>Con los vecinos</i>	<i>En el trabajo</i>	<i>En los estableci- mientos comer- ciales</i>	<i>En la calle</i>
Casi siempre o siem- pre	66,1	65,1	58,2	52,9	62,1
Alguna vez	14,8	18,4	12,6	15,1	19,1
Casi nunca o nunca	18,5	15,4	17,1	30,0	18,0
No saben	—	—	0,4	1,5	0,3
Sin respuesta	0,5	1,1	11,6	0,5	0,5

FUENTE:

del Campo *et al.* (1977, 228; cuadro 8.7).

CUADRO 8

SITUACIONES O CIRCUNSTANCIAS EN LAS QUE SE HABLA GALLEGO
O CASTELLANO, EN %

	<i>Gallego</i>	<i>Castellano</i>
En mi casa, con mis padres	50,2	49,8
En mi casa, con mi marido o mujer	47,4	52,6
Con mis amigos/as, novio/a	46,4	53,6
En el trabajo	41,5	58,5
En el mercado	39,6	60,4
En el comercio, en las compras	28,8	71,2
En mi casa, con mis hijos/as	28,5	71,5
En la escuela, Universidad	14,7	85,3
En el médico	14,2	85,8

FUENTE:

Ruiz Fuentes — Pérez Vilaríño (1977, 55; cuadro 2).

CUADRO 9

LENGUA QUE UTILIZA PREFERENTEMENTE EL AMA DE CASA
PARA HABLAR CON:

	<i>Su marido</i>	<i>Sus hijos</i>
Castellano	25,0	79,0
Castellano y gallego	1,0	16,0
Gallego	75,0	5,0
Totales	101,0	100,0

FUENTE:

Foessa (1970, tablas 18.74 y 18.75).

CUADRO 10

LENGUA QUE UTILIZA PREFERENTEMENTE
EL ENCUESTADO CON:

	<i>Su cónyuge</i>	<i>Sus hijos</i>
C(astellano)	46,6	62,5
Fundamentalmente C y ocasionalmente G	17,2	16,2
Gallego y castellano	10,0	10,4
Fundamentalmente G y ocasionalmente C	5,9	3,5
G(allego)	20,2	7,2
Totales	99,9 (N = 657)	99,8 (N = 566)

FUENTE:

Rojo (1979, cuadros 2.39 y 2.46).

CUADRO 11

LENGUA DEL ENCUESTADO CON SUS HIJOS,
SEGUN LA HABLADA CON SU CÓNYUGE

CON SUS HIJOS	CON SU CÓNYUGE				
	C	Fund. C y ocas. G	G y C al 50 %	Fund. G y ocas. C	G
C(astellano)	92,96	42,10	32,73	29,03	30,56
Fund. C y ocas. G	4,81	51,58	16,36	29,03	10,19
G y C al 50 %	1,11	3,16	45,45	19,35	18,52
Fund. G y ocas. C	0,37	3,16	3,64	22,58	6,48
G(allego)	0,74	0,00	1,82	0,00	34,26
Totales	99,99 (N = 270)	100,00 (N = 95)	100,00 (N = 55)	99,99 (N = 31)	100,01 (N = 108)

FUENTE:

Rojo (1979, 69; cuadro 2.48).

CUADRO 12

LENGUA USADA MÁS FRECUENTEMENTE PARA HABLAR CON LOS
VECINOS POR TAMAÑO DE LA ENTIDAD DE POBLACION
SEGUN EL CENSO DE 1970

	Más de 4.000 hab.	De 501 a 4.000 hab.	Hasta 500 hab.	Total
Castellano	59	9	5	19
Gallego	40	91	94	81
Totales	99 (N = 147)	100 (N = 55)	99 (N = 398)	100 (N = 600)

FUENTE:

Ayestarán — de la Cueva (1974, tabla 5).

CUADRO 13

LENGUA HABLADA POR LOS ESCOLARES GALLEGOS (SEGÚN ELLOS MISMOS) CON SUS AMIGOS POR TIPO DE POBLACIÓN, EN PORCENTAJE

	<i>Ciudad</i>	<i>Partido</i>	<i>Villa</i>	<i>Aldea</i>
Solo castellano	69	36	10	4
Preferentemente castellano	13	14	14	0
Gallego y castellano	8	28	21	4
Preferentemente gallego	4	10	15	33
Solo gallego	4	11	40	59
Totales	98 (N = 372)	99 (N = 210)	100 (N = 100)	100 (N = 27)

FUENTE:

Castillo — Pérez Vilariño (1979, 59).

CUADRO 14

LENGUA USADA MÁS FRECUENTEMENTE PARA HABLAR CON LOS VECINOS POR EDADES DE LAS ENCUESTADAS, EN PORCENTAJE

	<i>Hasta 25 años</i>	<i>De 26 a 45</i>	<i>De 46 a 65</i>	<i>Más de 65 años</i>	<i>Total</i>
Castellano	28	20	16	13	19
Gallego	70	79	83	87	81
Totales	98 (N = 46)	99 (N = 264)	99 (N = 227)	100 (N = 62)	100 (N = 600)

FUENTE:

Ayestarán — de la Cueva (1974, tabla núm. 12).

CUADRO 15

LENGUA USADA MAS FRECUENTEMENTE PARA HABLAR CON LAS
VECINAS POR NIVEL DE INGRESOS FAMILIARES,
EN PORCENTAJE

	<i>Muy alto</i>	<i>Alto</i>	<i>Medio</i>	<i>Bajo</i>	<i>Muy bajo</i>	<i>Total</i>
Castellano	80	65	28	19	7	28
Gallego	20	35	72	81	93	72
Totales	100 (N = 25)	100 (N = 43)	100 (N = 72)	100 (N = 48)	100 (N = 121)	100 (N = 309)

FUENTE:

Foessa (1970, tabla 18.59).

CUADRO 16

LENGUA USADA MAS FRECUENTEMENTE PARA HABLAR CON LAS
VECINAS POR NIVEL DE ESTUDIOS, EN PORCENTAJE

	<i>Medios y super.</i>	<i>Secundarios</i>	<i>Primarios</i>	<i>Parte de primarios</i>	<i>Ninguno</i>	<i>Total</i>
Castellano	79	84	28	14	8	25
Gallego	21	16	72	86	92	75
Totales	100 (N = 14)	100 (N = 37)	100 (N = 76)	100 (N = 124)	100 (N = 95)	100 (N = 346)

FUENTE:

Foessa (1970, tabla 18.57).

CUADRO 17

MOTIVOS POR LOS QUE PREFIERE QUE SUS HIJOS HABLEN GALLEGO

	%
Por ser gallegos, su tierra	46
Porque es nuestra lengua	27
Porque les gusta	21
Porque no se pierda	6
Lo hablan mejor	3
Otros motivos	3
No responden	5

FUENTE:

Ruiz Fuentes — Pérez Vilarriño (1977, 57).

CUADRO 18

MOTIVOS POR LOS QUE PREFIEREN QUE SUS HIJOS HABLEN CASTELLANO

	%
Es más universal	25
Es el idioma nacional	18
Es más fino / culto / rico	13
Le gusta más	11
Por costumbre	11
Por evitar problemas de estudios, trabajo, etc.	6
No habla gallego	3
Por vergüenza	2
Otros motivos	8

FUENTE:

Ruiz Fuentes — Pérez Vilarriño (1977, 57-58).

CUADRO 19

«EL GALLEGO DEBE CONVERTIRSE EN LA LENGUA HABITUAL
DE LOS GALLEGOS»

No contesta	5,15
Totalmente en desacuerdo	5,03
Bastante en desacuerdo	5,84
Parcialmente de acuerdo y parcialmente en desacuerdo	25,06
Bastante de acuerdo	19,68
Totalmente de acuerdo	39,24
Total	100,00 (N = 874)

FUENTE:

Rojo (1979, 111; cuadro 3.10).